

posada y de discretísimo ingenio, todos los que en tan largo espacio de tiempo se han dedicado á las ciencias físicas, racionales y morales, todos han querido darse cuenta de las maravillosas novedades que se les referian, y han formulado su parecer sobre los hechos y sus causas. Los Faraday, los Cuvier, los Laplace, los Hufeland, los Franklin, los Berzelius, los Orfila, los Broussais, los Arago, los Panizza, los Malfatti, los Orioli, los Recamier, los Geoffroy, los Claproth, los Hermostaedt, los Husson, los Babinet, los Lavater, los De Jossieu, los Gregory, los Eliotson, es decir, la flor y nata de los astrónomos, físicos, químicos, y médicos de nuestros tiempos, y con ellos tantos otros, que por lo que valen en ciencias pueden muy bien ir á la par con estos, todos ellos, decimos, tras muchos exámenes, han reconocido solemnemente la realidad de los hechos mas extraordinarios del mesmerismo y espiritismo."

3.º Exámen y juicio de la Iglesia. "Nombraremos, dice el autor citado, al eminentísimo señor cardenal Gousset; á Mons. Sibour arzobispo de París; al ilustre P. Ventura, de los clérigos Teatinos; al P. Caroli, de los menores conventuales; á los Padres Gury, Pianciani, Pailloux, de la Compañía de Jesus; al P. Tizzani, de los canónigos regulares lateranenses; á los abates Guillois, Maupied, Coupert, Sorignet, Montecilli y Alimonda. Todos ellos están de acuerdo en su crítica teológica con los sábios antes referidos; todos las aceptan; y las mas de las veces demuestran, á poder de rigurosos raciocinios, la existencia efectiva é indudable de aquellos fenómenos. Esta armonía es muy digna de ser notada, dado que se trata de hombres cuyos sistemas, cuyas opiniones, cuyas sentencias, no solo se diferencian, sino que muchas veces se combaten y hasta se excluyen."

Y si yo quisiese añadir una sola palabra como cita de tanta importancia, diria solo que defienden la realidad de los fenómenos espiritistas los ilustradísimos re-

dactores de la *Civiltá cattolica*, la primera revista católica del mundo, publicada en Roma bajo la inspiracion del Romano Pontífice, y por expreso encargo suyo, encomendada á los mas insignes talentos de la compañía de Jesus. ¿Quiérese autoridad de más peso?

Tengo, pues, por indudable la realidad de lo que los espiritistas ponderan como manifestaciones y revelaciones de los espíritus. Habrá farsa alguna vez, pero hay á menudo y casi siempre horribles realidades.

¿Sois, pues, espiritista?

¿Sois, pues, espiritista? ¿Hemos de ceer en el espiritismo? Hé aquí las preguntas con que me interrumpirá al momento una gran parte de mis lectores. Si confesais la realidad de los fenómenos del espiritismo, este ha ganado el pleito.

No lector querido, no; no soy espiritista, ni creo en el espiritismo, ni juzgo que haya ganado el pleito esta inmunda secta, por mas que se le conceda la realidad de sus operaciones. Antes pienso que lo que mas debe retraerte del espiritismo, y lo que le condena, es esta misma espantosa realidad de sus misterios. Pero como observo que dudas y que no he podido llevar á tu ánimo la conviccion de que sean reales las manifestaciones espiritistas, voy á plantearle la cuestion de manera que salga siempre refutado de un modo concluyente el espiritismo. Escuchame bien, y graba esta página en tu memoria; ella sola te bastará para cerrar la boca á cualquier espiritista.

(Continuará.)

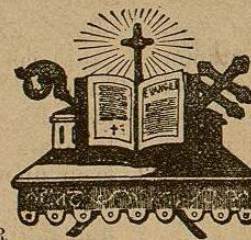


### DEFUNCION.

El día 6 del corriente falleció en esta Ciudad, el M. R. P. Fr. José María Lazo, de la órden de San Francisco.  
R. I. P.

# COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

IMP. DE N. PARGA.-D. JUAN MANUEL, R

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VI.

GUADALAJARA, AGOSTO 22 DE 1891.

NUM. 64.

## SECCION I.

### DISCURSO

DEL SR. LIC.

D. Jose de Jesus Cuevas,  
EN LA VELADA

QUE EN HONOR DE SU SANTO PATRON

CELEBRARON

LAS CONGREGACIONES

DE

SAN LUIS GONZAGA

EL DIA 21 DE JUNIO, PROXIMO PASADO.

Las virtudes no brotan en el alma humana sino al influjo de la gracia divina, es decir, bajo la accion misma de un Dios de inmenso poder y de infinita misericordia; pero el Cielo no deja arrancarse la gracia sino por la oracion, ni la distribuye sobre la tierra por otros canales que los Sacramentos, instituidos para ello por Dios que no puede, siendo la Suprema Verdad, contradecirse á sí mismo.

Las Congregaciones, esto son esencialmente y en último término, asambleas

de jovenes que se reunen como los primitivos cristianos en las catacumbas, para orar en comun, y para ayudarse mutuamente, á participar con menos indigidad y más fruto de los santos sacramentos; éstos son los medios eticacísimos é indefectibles de que las Congregaciones se valen para engendrar virtudes cristianas en las almas de los jovenes. La experiencia de tres siglos, responde de los felices resultados: entre otros varones insignes de las Congregaciones, salieron, San Francisco de Sales, ese panal de amores, formado por el rocío del Cielo en una oquedad de las rocas de los majestuosos Alpes; San Luis Gonzaga, ese himno animado de la pureza y San Juan Berchmans, esa epopeya viviente de humildad y sencillez.

Y hay un grave error, casi una calumnia, tal vez inventada por la pravedad del mundo, ó quizás forjada por el mismo Satanás, para impedir que los niños ingresen á las Congregaciones. Hay padres necios que creen, y habrá padres de familia malvados que hasta dirán que en las Congregaciones se deprime la voluntad de los niños, para inclinarlos al estado eclesiástico falseando su vocacion. Que algunos jóvenes por inspiracion divina eligiendo la mejor parte, prefieran consagrarse al servicio del altar y que su vida se deslice en seguridad bajo la augusta sombra de las bóvedas del santuario, es un gran bien para ellos y para



los demás. ¿Qué puede hacerse en la tierra más elevado, más útil y más santo, que ser el intermediario por ordenación divina entre Dios y los hombres; el guardián por el sello imborrable del carácter sacerdotal, de la alianza eterna entre el Cielo y la tierra? Natural es que de las Congregaciones salgan sacerdotes no indignos de serlo; pero los hechos demuestran que sean exclusivamente semilleros de levitas.

De las Congregaciones han salido desde hace tres siglos y seguirán saliendo no sólo monjes, santos y sacerdotes ejemplares, sino padres de familia, que poblarán la tierra de hombres justos y de bienaventurados el Cielo. De las Congregaciones esperamos que nuestros grandes propietarios no considerarán á los indios infelices y á sus infortunadas familias como una adquisición de sus ganados; ricos que no esconderán los nueve décimos de su fortuna, para sacarle sin riesgo y sin trabajo el fruto de toda ella, al décimo restante; industriales que no pagarán su salario á los obreros en hambre y tisis; banqueros y negociantes cuyas combinaciones mercantiles no serán ya las antiguas mohatras judaicas; letrados, profesores y sabios, que de la ciencia y la justicia harán un culto y no un vil tráfico; artistas que no harán del talento una bellaqueería; hombres públicos sin más aspiraciones que las del patriotismo y la conciencia, y soldados cuya espada no saldrá de la vaina sin razón, ni volverá á ella nunca sin honor. Las Congregaciones no exigen vocaciones sacerdotales; de todos sus miembros esperan virtudes, porque á su santificación nacieron destinados todos los hombres, en todos los estados y en todas las edades de la vida.

Las virtudes que las Congregaciones la inspiran, no sólo son el más rico tesoro de la juventud al presente, sino que serán su más poderoso talismán en lo futuro, su más seguro elemento de victoria en las luchas mortales que la esperan. Como acabada la vida ya no hay tiempo sino sólo ser, se cree que el mayor tor-

mento de los condenados, será tener que sufrir en cada momento, la eternidad toda entera. Sería cruel y hasta impío infligirle á la juventud un tormento semejante, condensándole en un punto todos los desengaños, todos los dolores, todas las caídas, y todos los remordimientos de la escala completa de la vida; presentándole en un momento dado y como de un golpe, todas las incontables miserias del vivir humano desde las dolorosas insuficiencias de la infancia hasta las locas ambiciones y desenfrenadas codicias de la madurez, hasta los egoísmos fríos y sórdidas avaricias de la vejez. Pero sí será discreto y hasta compasivo prevenirla de los grandes abismos que encontrará en su camino desde mañana.

Cada jornada de la vida tiene sus peculiares peligros, pero quizás ninguna mayores que la juventud, cuyo camino vá por la ceja estrecha de abruptas montañas, que á sus piés tienen profundidades hondísimas y oscuras, que atraen con sus vértigos y han devorado á millares de millares de viajeros. Los precipicios más peligrosos por donde pasa la desigual y tortuosa vereda de la juventud inexperta y temeraria, son los abismos del trabajo, de las vanidades, los miedos y los afectos. Son mucho más temibles y causan más espanto, que la cornisa de los Alpes, y que las barrancas sin fondo de Maltrata y de Metlac.

Después del primer pecado, el trabajo se hizo para el hombre caído una necesidad ineludible. Sin pan no se vive y el pan no se amasa sin sudor. Como todo castigo de Dios en la tierra, el trabajo es una expiación, llena de justicia pero también llena de misericordia. Es el sustento de las familias, la dignidad del hombre y el ahuyentador de las ocasiones del mal; pero al mismo tiempo es, afanes y vigilias fatigosas, dispendio de energías físicas y morales, privación y humillaciones sin cuento. Como su fin próximo son bienes materiales, cuya expresión compendiosa y genérica es el dinero, el trabajo compendia asimismo, todos los sufrimientos

que la adquisición y conservación de las riquezas engendran entre los humanos. Dos fieras disputándose la misma presa, son menos feroces que dos hombres disputándose la misma moneda. Quizás el oro sea lo que más amen los hombres en el mundo, pues es menos rebelde á salir de las entrañas de la tierra que lo esconden en filones que de las arcas que lo guardan acuñado. Para adquirirlo, se necesita luchar en la liza del trabajo con energía y perseverancia heroicas, y éstas al mismo tiempo deben ser tan rectas, que no manchen el corazón con durezas y codicias, que no lastimen la caridad ni ofendan la justicia. Con el mismo afán debe trabajar el hombre que si no hubiera más que tierra y con la misma abnegación que si no hubiera más que Cielo.

Tácito el sombrío historiador, tan pronto para la censura como tardo en elogiar, alaba grandemente á un Romano de su tiempo, solo porque supo ser rico y fué digno de serlo. Acumuló, dice Tácito, grandes riquezas sin fraude ni bajeza; las aumentó sin usuras ni injusticias; las conservó sin parsimonia, y las gastó sin prodigalidad y sin propio ni ajeno daño. Este árduo problema del trabajo es el primero que la juventud encontrará en su camino, y que sólo podría resolverlo con acierto y para su temporal y espiritual provecho, con mucha paciencia para soportar sus martirios, con mucha humildad para sufrir sus humillaciones, con mucho valor para afrontar sus desdenes, y con mucha caridad, sobre todo, para no abusar de sus prosperidades ni dejarse corromper con los halagos de sus ganancias.

No es menos profundo que el del trabajo, el vertiginoso abismo de las vanidades. La juventud todo quiere saberlo y de todo quiere gozar. Como su afán de ciencia nace de la vanidad y no del amor de la sabiduría, prefiere los curiosos á los conocimientos útiles y las apariencias á la realidad. De la soberbia y vanidad literarias, han brotado tantos libros blasfemos é impíos; tantas historias falsas;

tantas novelas obscenas ó frívolas; tantos periódicos ligeros, escandalosos y calumniadores; tantas comedias malignas y zarzuelas desnudas; y tantos dramas que han manchado la escena teatral con sangre injustamente vertida y con disoluciones triunfantes. Antes, la sabiduría la cosechaban los grandes talentos á costa de perseverantes labores; hoy brota espontáneamente como un ongo venenoso en los pantanos de la ociosidad.

Del loco afán de gozar sin tregua ni medida, han surgido esas asociaciones de placer, que de la complacencia en la murmuración hacen una urbanidad obligatoria; cuya menor servidumbre es imponer amistades peligrosas ó molestas: cuyo mayor aliciente son las ruinosas emociones de azar, y cuyos más ligeros gravámenes, los constantes, ineludibles y dispendiosos compromisos. De ese mismo insensato afán de goces, han nacido los viajes interminables que tanto merman la bolsa, la salud y la conciencia; que han convertido á los ricos del siglo en errantes peregrinos voluntarios, y en tristes expatriados sin amistades ni respetos: y que han reemplazado los apacibles y gratísimos murmurios del hogar, con los estridentes gemidos de las hélices y las asmáticas sufocaciones de las locomotoras. De ahí mismo ha brotado la incesante lectura de novelas, ese ajeno del espíritu que hace soñar despierto: y la asidua asistencia á los espectáculos tan execrados por Tertuliano, y de los que San Agustín, con su penetrante mirada de águila, decía: "No es razonable derrochar por mentiras, la preciosa savia del alma, que tanto necesitamos para las tremendas realidades de la vida. Cada lágrima vertida sobre las fingidas catástrofes de la escena, es lágrima robada al dolor de nuestros propios pecados y á la compasión por las miserias de nuestros hermanos."

Pero siempre, el hijo primogénito y mimado de la vanidad será el lujo, el cual no puede ser tenido por tan legítimo y tan inocente, si se contemplan los bárbaros estragos que en todos tiempos ha



causado en el mundo. Millares de vidas sacrificó, en levantar pirámides en Egipto y en suspender en Babilonia jardines en el aire. En la antigua Roma, aplanó montañas; cavó lagos; reemplazó el bienhechor olivo y la útil y secular encina, con bosques de resonantes y estériles laureles; y desterró el fecundo trigo para sembrar violetas y rosales, que rendían abundantes cosechas de perfumes y muchas guirnaldas olorosas con que coronarse la frente en los festines. En los modernos tiempos, el lujo ha provocado los desfallecimientos de la misera Irlanda y los rugidos del hambre en Inglaterra: ha corrompido las médulas francesas haciendo que á sus hijos les pese demasiado la espada de Carlos Martel; y en todo el mundo ha engendrado el socialismo y las huelgas, con sus pánicos y dinamita. El abismo de las vanidades, sólo puede atravesarlo la juventud, mirando siempre hácia arriba para no desvanecerse y caer.

Por contradictorio que parezca, la juventud tan expuesta está al mismo tiempo á las jactancias como á los miedos. El del miedo es uno de los más espantosos precipicios que la esperan: por una aberración incomprensible, la divisa de la juventud parece ser, no sentir miedo de lo verdaderamente formidable, para tenerlo de todos los vanos fantasmas forjados por la locura humana. Por temor al ridículo, no vacila en lanzarse á gastos superiores á sus recursos, en contraer amistades desiguales que son una complicidad en los vicios ajenos, y en descender hasta la más baja y cobarde de las hipocresías, la triste hipocresía del mal. Por miedo de no poder trepar sola la áspera pendiente de la vida, en vez de buscar el fraternal apoyo de los buenos, se resuelve á transigir con todos los vicios è implorar la humillante protección de los malvados.

Por miedo de no aparecer cobarde, se lanza sin temor á la muerte, á través de duelos, que aunque las más veces sean una farsa en la intención de los que los

pactan, muchas se convierten en sangrientas tragedias que enriquecen al infierno. Por miedo, en fin, de ser vencida por los malos, de que estos la priven de la sal y el fuego, en vez de combatirlos se rinde la juventud á sus enemigos, ingresando á la gran secta de las tinieblas, esa hija querida de Satanás, mentirosa como su padre, que promete socorros y comienza por pedirlos, proclama libertades y forja cadenas, hace entrever solios para sus adeptos y los convierte en escabeles. El precipicio de los miedos, nadie hasta ahora ha logrado pasarlo con felicidad, sino apoyándose en el firme brazo de la valerosa perseverancia cristiana, que gastó los dientes de los leones y melló las hachas de los verdugos.

Pero de todos los derrumbaderos de la juventud, ninguno más temible y pavoroso que el de los afectos humanos. Como el enemigo está dentro de ella, la fortaleza está casi perdida. Hilos invisibles de amor son los que atan y mueven el mundo. Uno de esos hilos arrastra al padre á las rudas faenas del trabajo para llevarles pan á sus hijos: un hilo de ternura ata á la madre á la cabecera del contagio, cuando su hijo está enfermo. Por doquiera, hilos de amor, fundando los hogares y las familias, amparando á las sociedades, aproximando á los pueblos, unificando á la humanidad y atando la tierra con el Cielo. Sin el amor no habría padres ni hijos, esposos ni hermanos, amigos ni prójimos. Es tan grande y tan preciosa la caridad, que ella sola bastaría si todos los hombres la tuvieran, para llorar menos el Edén perdido. Sin ella, sería el mundo la desolación suprema, pues esencialmente, el infierno no puede ser otra cosa que el desamor eterno y absoluto.

Por lo mismo que el amor es un tan precioso elixir de vida, un tan exquisito licor de felicidad, es de la más extremada delicadeza. Tiene que guardarse siempre en odres nuevos y limpios: el menor descuido lo tuerce, el más pequeño átomos del mundo ó de pecado que en él

caiga lo corrompe, y muchas veces, para siempre. Las corrientes del amor son de una precisión magnética, y no tienen más que dos polos, el Cielo y el infierno. Como en la vida se consume para sustentarla, más amor que pan, es indispensable gastarlo día á día y momento por momento, y sin embargo, bajo pena de un reato eterno, no se ha de mal emplear ni de desperdiciar una sola de sus partículas. ¡Qué tremenda responsabilidad ser depositarios de semejante tesoro! Para usar de él sin abusar, no bastan las solas fuerzas humanas. En este espantoso abismo de los afectos de la tierra, como si fuesen las hirvientes aguas de una inmensa catarata, sin distinción de tiempos ni lugares, sexos ni edades, se han despeñado generaciones enteras. Pero no hay que asomarse á semejante precipicio, que sólo el mirarlo causa vértigos. Los hombres por sí solos no podrían salvarlo; pero todo es fácil con la gracia al hombre, y cuando es necesario, como Dios es tan bueno, les manda á sus ángeles, que volando, los pasen en peso.

Qué grandes bienes dispensan las Congregaciones de la Santísima Virgen, á la juventud, no sólo de presente sino también para lo futuro! Sin compararlas, por supuesto, con la Iglesia que es la Esposa de Jesucristo y la Madre comun de todas las asociaciones cristianas, quizás, si bien se reflexiona, no haya en la tierra, exceptuadas las órdenes religiosas, sociedades de más alteza por sus propósitos y de más trascendencia en sus resultados que las Congregaciones. Son un amplísimo y bien combinado sistema de irrigación, que dirigiendo desde las alturas los arroyos de la vida, rigen y purifican todas las aguas que han de regar la vasta heredad del Señor.

El día del juicio será de sorpresas estupendas. Qué azorado quedaría el mundo del oro y la soberbia, si con la inflexible lógica de la verdad se le demostrase, que consideradas en un orden absoluto, vale mucho más intrínsecamente una humilde y desconocida Congregación de la

Santísima Virgen, que la gran compañía de Suez con su amplio canal cavado en las arenas del Desierto para abreviar las rutas del mundo; que la Liga Ferrocarrilera de los Estados Unidos, con sus interminables vías de acero y sus incontables monstruos voladores de potente empuje y entrañas de fuego; y que esas compañías de navegación que con sus enormes palacios flotantes, oprimen por doquiera el lomo movable de los mares.

Son admirables las Congregaciones por la sencillez de su organización y la eficacia de sus medios; pero como fueron inspiradas por la Santísima Virgen, son una obra acabada, redondas como una esfera perfecta. Además de buenas en sí mismas, siempre están dirigidas por sacerdotes virtuosos y prudentes, y las más veces por jesuitas, los que, como los caudillos del Gran Capitán en la guerra de Italia, pueden ser tenidos todos, no sólo por buenos, sino por mejores. Pero como los hombres por santos que sean siempre son hombres y pueden cansarse y engañarse, Dios ha cuidado de darles patronos invisibles pero vigilantísimos, que desde el cielo las cuiden y dirijan.

Bendición y muy grande de Dios sobre una Congregación, es darle por patrono á S. Luis Ganzaga. En las finísimas balanzas de la justicia divina se pesa hasta el más sutil polvo de diamante, de las buenas acciones. La justicia y misericordia infinitas conceden á los santos una gloria proporcionada á sus méritos, y les confieren un poder de intercesión más eficaz, respecto de las virtudes que más amaron y alcanzaron durante su peregrinación en la tierra. La gloria de S. Luis Gonzaga fué revelada á Santa Magdalena de Pazzis y, asombrada de su grandeza, decía esta Santa, que si no le hubiera sido mostrada, nunca hubiera creído que fuera tan grande la gloria de Luisito en el cielo. Anticipando la dulce familiaridad con que se han de tratar los bienaventurados en la Celestial Jerusalén, Santa Magdalena le llamaba á S. Luis Gonzaga, "Luigino."